

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª ÉPOCA

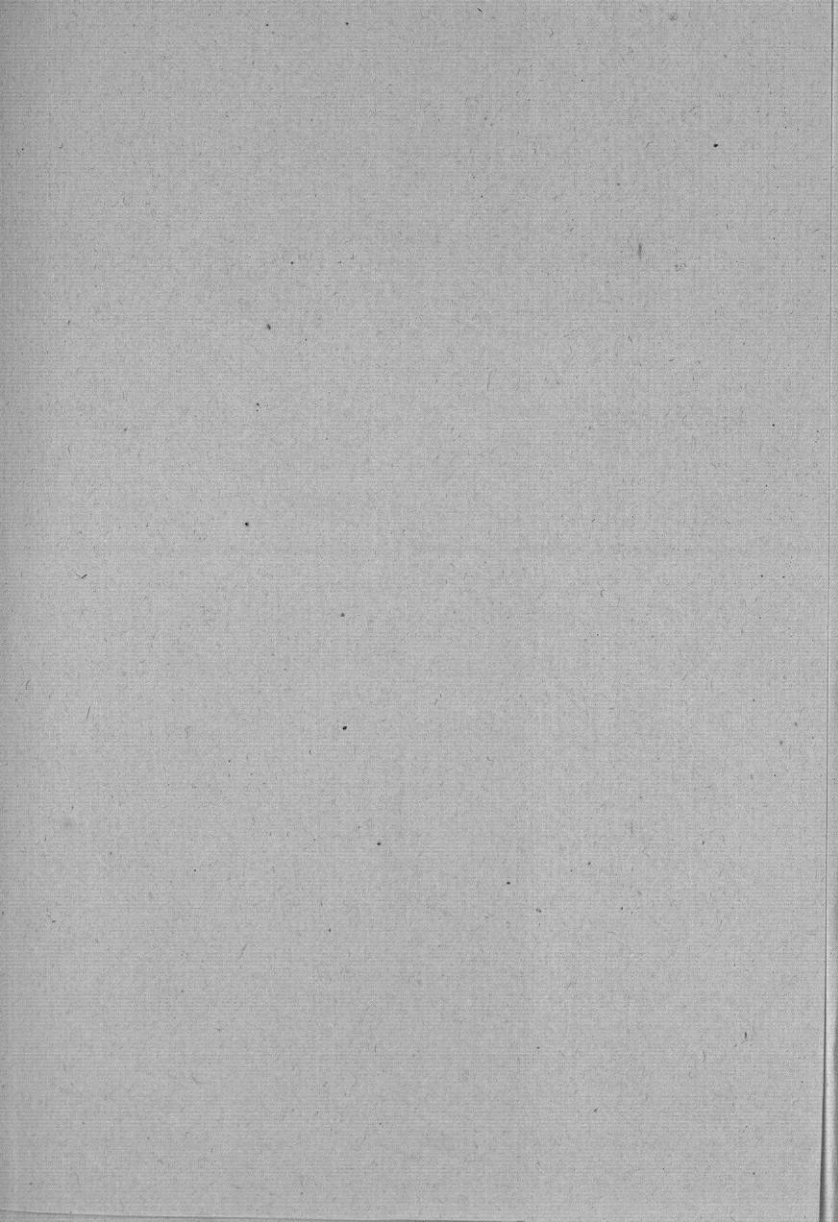
AÑO 1945 - N.º 14

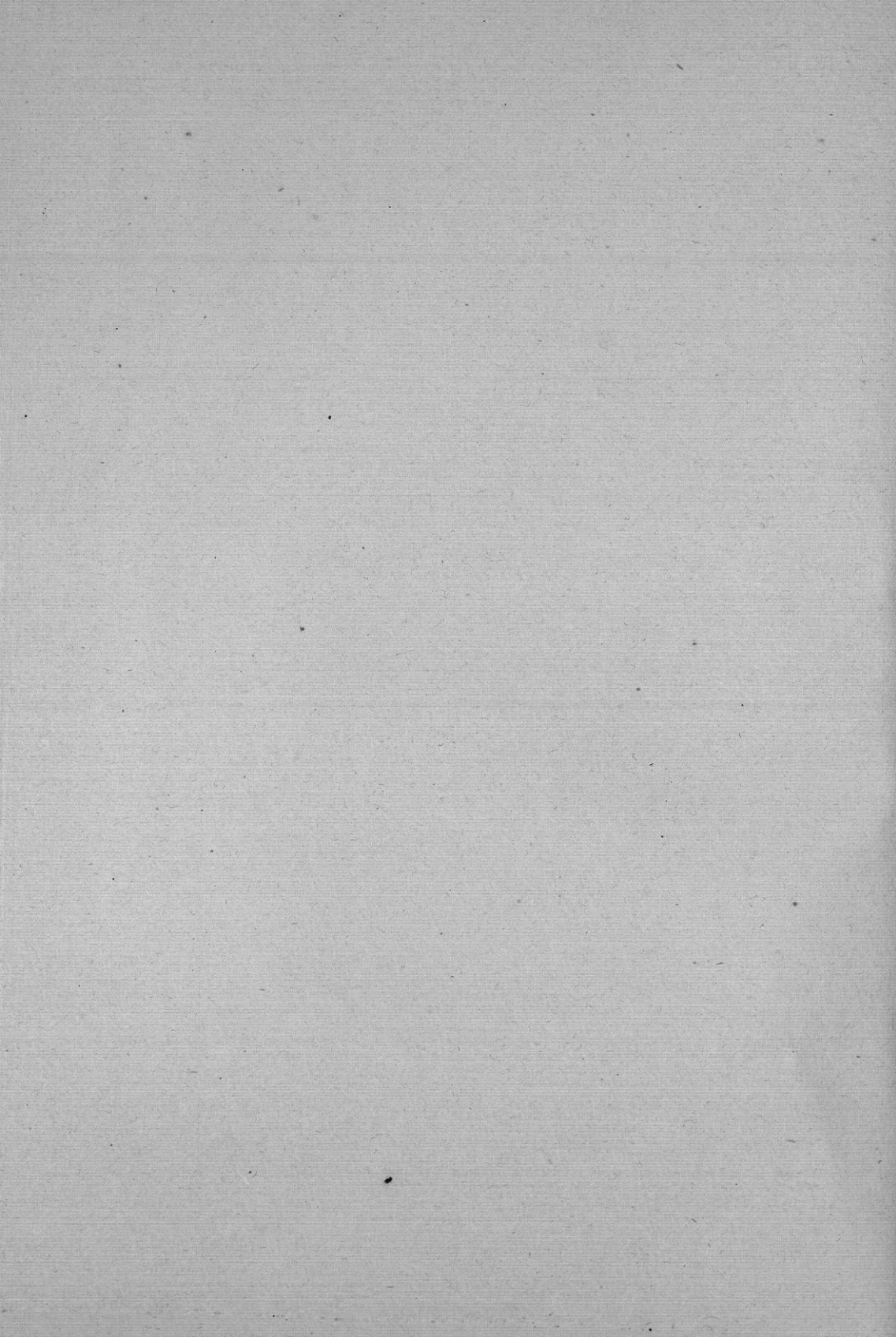


SEVILLA

PUBLICACIONES DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

IMPRESO EN SUS TALLERES GRÁFICOS





ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚMERO 489

ARCHIVO HISTÓRICO

REVISTA

HISTÓRICA, LINGÜÍSTICA

Y LINGÜÍSTICA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1945



Tomo V
N.º 14

SEVILLA
PUBLICACIONES DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
Imprenta de la misma

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1945

SEGUNDA ÉPOCA

NÚM. 14

CONSEJO DE REDACCIÓN

Excmo. Sr. D. Ramón de Carranza y Gómez, Marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Gabriel Tassara Buiza.—D. José Hernández Díaz.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. Manuel Justiniano, Director del Archivo de la Diputación Provincial.

SUMARIO

ARTÍCULOS ORIGINALES

Págs.

- Ernesto Schäfer.—*La Universidad de los Mareantes de Sevilla y su intervención en el viaje de las flotas a las Indias*..... 271
Manuel Carrera Sanabria.—*Sor María de los Angeles, religiosa del convento del Espíritu Santo, de Sevilla, en el siglo Victorina Sáenz de Tejada*.—(Conclusión)..... 287
Santiago Montoto de Sedas.—*Nuevos documentos de Bartolomé Esteban Murillo*..... 319

MISCELANEA

- Higinio Capote Porrúa.—*Un posible antecedente de la «Oda a la Muerte de Jesús», de Lista*..... 361
Francisco Cervera Jz-Alfaro.—*Fuentes para la historia local*.—*Fichas de tres siglos de Utrera*..... 367
José Martín Jiménez.—*Visita de la marquesa de Denia a Sevilla*..... 373

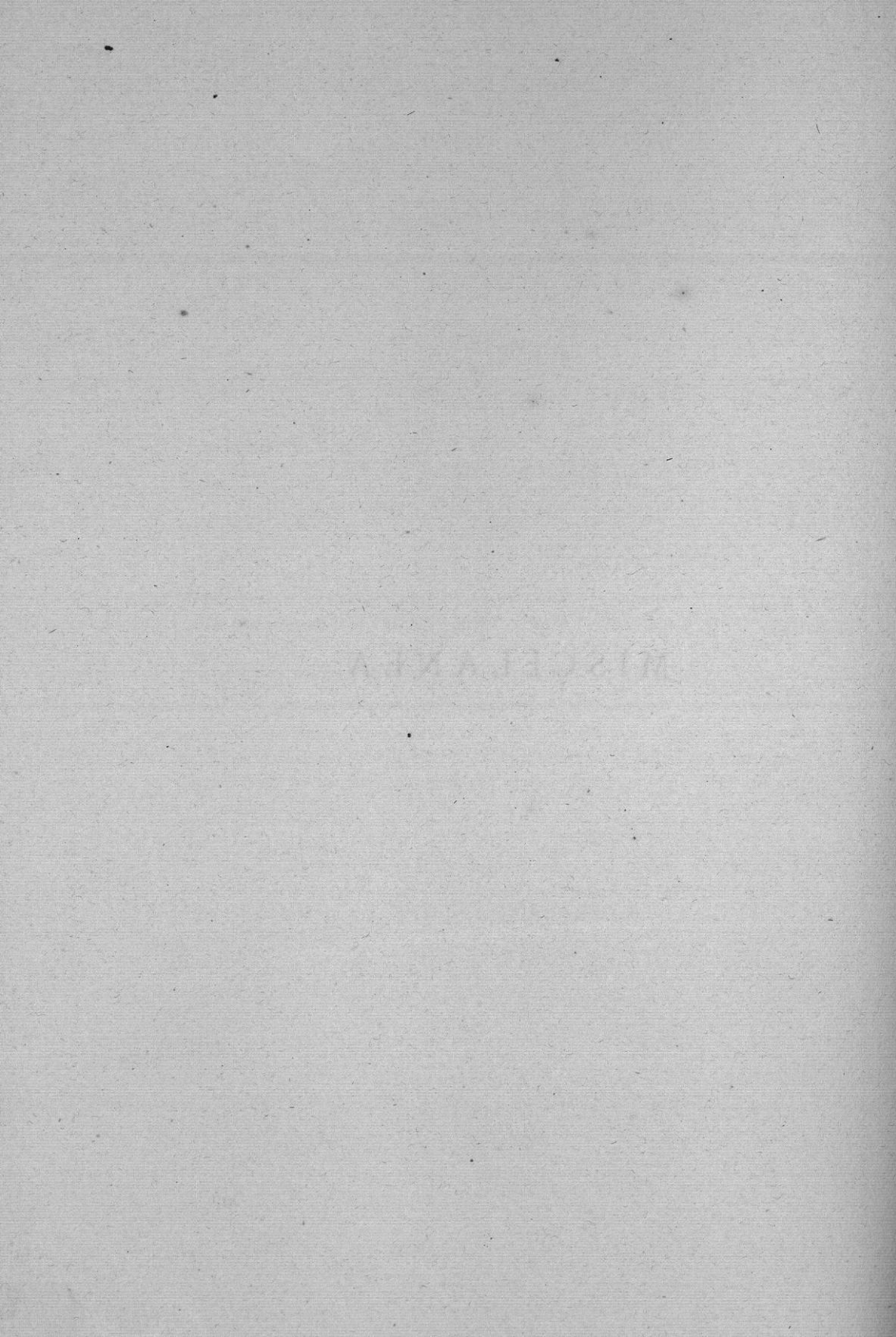
LIBROS

- M. J.—*Modelo del inclito héroe, del príncipe, del general y del excelente soldado, o sea vida de D. Juan de Austria*, del P. Antonio Ossorio, S. I. 381
M. J.—*San Francisco el Real, de Jerez de la Frontera, en el siglo XV*, por Hipólito Sancho..... 384
J. A. V.—*La Ciudad de Hércules*, de Alfonso Aramburu..... 386

APENDICE

- Ldo. Luis Fernández de Melgarejo. *Notas del marqués del Saltillo.—Discurso genealógico de la nobilissima y antigua Casa de los Tellos de Sevilla (tercera y cuarta Casas de mayorazgo)*..... 54

MISCELANEA



Un posible antecedente de la "Oda a la Muerte de Jesús", de Lista.

Aunque el neoclásico no sea precisamente uno de los grandes momentos de nuestra Historia Literaria, nos permitimos confesar en un tono que no excluye un cierto matiz de irónica ternura, la simpatía que hacia él sentimos.

Y nunca acabaremos de comprender del todo los móviles de nuestra inclinación, si sólo tenemos en cuenta la calidad intrínseca de las obras que ha producido, y los motivos puramente circunstanciales que hasta él nos han llevado en estos últimos años en que lo neoclásico ha estado de moda.

Posible es que, en definitiva, existan razones más profundas de temperamento y de raza; tal vez en todo andaluz, contra lo que mucha gente piensa, aceche siempre escondido el neoclásico que en sus días de colegio aprendió la Retórica en la Oda a la Rosa de Rioja, en la Elegía a las Ruinas de Itálica, y en la Epístola Moral.

Hénos, pues, ahora, de nuevo en incursión por estas regiones de nuestra poesía, donde los placeres son siempre moderados y las efusiones discretas y contenidas, y que ofrecen siempre también al crítico el más interesante de los campos de estudio. En ellas se debaten y se entrecruzan el espíritu «antiguo» que muere y el «moderno» que nace; y la falta de grandes individualidades que complicarían la experiencia con sus considerables reacciones personales, nos permiten observar el proceso de transformación con bastante más claridad y comodidad que en otras épocas de tránsito de la Historia de la Cultura.

Pero esta vez hemos llegado a este período no directamente, sino a través de una lectura que a primera vista tal vez pudiera sorprendernos, pero que, si bien se mira, puede justificar plenamente los resultados obtenidos.

Digámoslo, pues, de una vez. Hemos llegado al neoclásico y más concretamente a Don Alberto Lista, a través de una lectura de Don Francisco de Quevedo.

En un maravilloso poema de Quevedo, hoy casi olvidado, hemos querido percibir con absoluta nitidez algunos tonos de lo que después iba a ser la «Oda a la Muerte de Jesús», del ilustre poeta sevillano.

Por tratarse de obra tan conocida y, por si pudiéramos contribuir con ello a su estudio crítico, nos permitimos a continuación unas breves consideraciones sobre el particular.

Hemos de advertir previamente que siempre creímos, y a cada momento la realidad nos lo confirma, que no hay, para tropezarse con hallazgos interesantes de tipo crítico, nada como una lectura desinteresada y hecha por puro goce estético. El lector está así colocado en las mejores condiciones para realizar su crítica más auténtica y espontánea; la única, en definitiva, eficaz y fructífera.

De este modo los libros se abren más dócilmente y entregan mejor su secreto. Se perciben mejor los matices, las resonancias, los contactos.

Unas veces las cosas se presentan claras; otra, en cambio, ofrecen de momento ciertas dificultades.

Pero al borde mismo de la subconciencia aparece de pronto la pista que nos llevará hasta el final. Y uno de los supremos placeres del crítico es el introducirse en una aventura casi de carácter cinagético a través de una de esas zonas confusas, hasta dar con el dato revelador que resuelve de pronto el problema literario o nos ayuda a completar una fisonomía.

Y así, en el caso presente al pretender establecer las fuentes de su conocida obra, creemos contribuir al estudio de la personalidad de Lista, tan abierta, por lo demás, a tantas influencias, y que se nos presenta ahora con un nuevo aspecto, al relacionarlo directamente, en una de sus mejores realizaciones, con el gran poeta lírico barroco.

Volvamos, pues, a Quevedo, que nos depara siempre, en su complejidad y en su grandeza, sorpresas de esta índole.

Leíamos—con interpolaciones de entusiasmo, porque es realmente precioso—, el *Poema Heroico* de Quevedo a *Cristo Resucitado*.

Pero de vez en cuando, como en una estación de radio no del todo sintonizada, creíamos percibir en algunas zonas la interferencia de una voz lejana, que alternaba—ciñéndose, derivándose—con el tono central. Puestos a escuchar con atención, llegamos a un momento en el que ya no cupo duda: la voz lejana era la voz de Don Alberto Lista.

He aquí recogidos, en una más cuidadosa lectura, los fragmentos en que hemos creído percibir la interferencia: En los primeros versos del poema, que son como una síntesis de su asunto:

*"Porque llene la Ley el prometido,
vistióse el Hijo Eterno mortal velo;"*

Y a continuación, describiendo precisamente el llanto de la naturaleza por la muerte de Jesús ya sepultado:

*"El sol anocheció sus rayos puros,
y la noche perdió respeto al día;
el mar quiso romper grillos y muros,
y anegarse en borrascas pretendía;*

*la tierra, dividiendo montes duros,
los intratables claustros descubría;"*

Y luego agrega en una feliz contraposición:

*"Empero si al remedio del pecado
dispuso eterno amor yerto camino,
y la dolencia del primer bocado
necesitó de auxilio peregrino,
consuélese el delito ensangrentado
con el precio real alto y divino:
Destile Cristo de sus venas ríos,
y hártense de su sangre los judíos."*

Al descender Cristo a los infiernos, crecen las esperanzas de:

*"Las almas en el limbo sepultadas
que por confusos senos discurrían"*

Y el viejo padre Adán, puesto de rodillas ante el Redentor, exclama con dolorido reproche:

*"¿Qué llagas son aquellas de las manos,
Que en vuestra desnudez fueron mi abrigo?
¿Qué golpes son aquellos inhumanos?
¿Quién dió licencia en Vos a tal castigo?
Dió licencia el amor a los humanos,
de quien, siendo mal padre, fui enemigo;
todos mis hijos son, y lo confieso:
que los parecen en tal fiero exceso."*

Y después canta Abraham:

*"Esperé entonces contra mi esperanza,
pues, aguardando que de mí naciese
generación sin fin, mi confianza
quiso que en mi unigénito muriese;
mas a tan grande hazaña sólo alcanza
tu Padre, porque sólo en Él se viese
quedar el Hijo en que Él se satisfizo;
si Abraham lo intentó, sólo Dios lo hizo."*

Y Cristo, al referirse a la institución de la Eucaristía, exclama:

*"Que me quede en manjar amor ordena
cuando a la Cruz me lleva Amor Divino."*

Nada más. Luego el poema transcurre por un cauce muy diferente. Pero después de leer los fragmentos transcritos, creemos que no puede existir la menor duda de que el germen, el núcleo inicial del poema de Lista se halla en el poema de Quevedo. Y si no se ha llegado antes a establecer este claro contacto, ha sido por un despiste inicial de búsqueda, ya que el estudio crítico de la Oda se ha polarizado siempre hacia otras zonas de influencia. Nunca ha estado muy clara la cuestión de su genealogía; siempre se ha visto la necesidad, siendo como es una pieza de primer orden y en tono mayor, de relacionarla con la gran poesía española del Siglo de Oro, pero siempre se ha hecho de una manera imprecisa, y con este motivo se hablaba vagamente de Fray Luis de León, de Rioja, de Herrera, etc., etc.

Es indudable que el período interrogativo con que se abre, puede recordar en cierto modo el comienzo de la *Oda a la Ascensión del Señor*, de Fray Luis, y que en algún lugar pudiéramos también encontrar un cierto rastro lejano de alguna otra obra del gran poeta salmantino. Pero estos contactos o coincidencias no pasan de lo meramente superficial. Intimamente hay un abismo entre el tono cálido directo y humano de Fray Luis y el complicado y retórico de Lista que, por lo demás, si bien gustaba de su "*suavidad sublime y candorosa*", aconsejaba también a sus amigos "*huir su tosco desaliño*".

De quienes menos puede hablarse en esta ocasión entre las influencias tradicionales de Lista es de Herrera o de Rioja. Casi no existe sentido religioso en la poesía de Rioja, y el de Herrera está siempre ligado a un *sentimiento político imperial*, antípoda casi del de Lista.

Lejos también de lo religioso lleno de gracia popular de Lope, "*cuya fácil musa da entre mil guijarros un diamante*" y del preciosismo artificioso de las piezas religiosas del «atrevido Góngora», cuyas "*gracias seductoras*" hay que temer "*como sierpes*".

Pero sí estamos muy cerca de Quevedo por una serie de circunstancias históricas y personales: Quevedo mantiene casi intacto su prestigio en una época que fué tan severa con otros grandes poetas y ejerció una enorme influencia no estudiada suficientemente sobre toda la poesía del siglo XVIII, de tal manera que apenas hay gran figura de este tiempo que se salve de ella. Dejando para otra ocasión el estudio detallado del tema, creemos interesante hacer notar que el *Poema Heroico a Cristo Resucitado* se reproduce ya en la primera de las grandes antologías neoclásicas; en el "*Parnaso Español*", de Sedano, y se le concede un puesto de honor en el tomo de *Poesía Sagrada*, a pesar de que en él se recogen obras de Fray Luis de León y de otros grandes poetas.

He aquí, sin las atenuantes del buen papel, y los deliciosos grabados

y los limpios caracteres de Ibarra, el texto que contiene el amazotado elogio de Sedano:

"Faltaba esta línea en que demostrar la extraordinaria grandeza de este esclarecido y singular Ingenio, y la presente obra es sobradamente capaz para acreditar por sí esta verdad; pues no sólo entre sus poesías, siendo las de esta clase las más graves y doctas que tenemos en nuestra Lengua, sino en todas las de los demás Poetas Castellanos, se puede ofrecer obra por su término tan sublime; porque aun comprendiendo este Tomo piezas sin duda excelentes, no hay otra que la compita en todas las virtudes poéticas que pueden desearse.

El asunto no puede contener mayor dignidad, ni cabe aprovecharse de ella con más felicidad que lo ejecuta nuestro Autor, para emplear el riquísimo talento de su fantasía en la abundancia, elevación y propiedad de las imágenes, máquinas, invenciones, y episodios que constituyen el carácter del Poema Epico y resplandecen tan extraordinariamente en éste. A ello se agrega la grandeza de los pensamientos que jamás lo desamparan, aventajándose unos a otros con inimitable delicadeza, novedad y primor; y últimamente la pureza de la doctrina, la profundidad de las sentencias, lo exquisito y noble de la erudición y la elevación del estilo, le dan entera perfección y hermosura."

Hasta aquí Sedano, y aunque es difícil después continuar, quisiéramos añadir brevemente, por nuestra cuenta, que el poema de Quevedo es un ejemplar interesantísimo de Poema Epico Barroco, que en cierto modo está ya muy cerca del Poema Filosófico del XVIII. No es, pues, de extrañar la actitud de elogio ditirámico de Sedano, seguramente compartida por otros muchos críticos, y ya hemos visto hasta qué forma por Lista. Hay además, entre Lista y Quevedo, una cierta afinidad de temperamento en una determinada zona por la preponderancia que en ambos tienen las facultades intelectivas.

Hay siempre en Quevedo, formando quizás el núcleo central de su complejísima personalidad, una visión intelectual e hipercrítica del mundo. Y en Lista todo está dirigido por su gran sentido analítico de matemático, cosa que ya Don Juan Valera nos hizo notar.

En esta dirección fundamentalmente intelectual de los conceptistas está concebido y «desarrollado» el poema de Quevedo; y ese mismo espíritu, amplificado a veces hasta la oratoria, preside también el trazado y la realización de la *Oda a la Muerte de Jesús*.

Claro está que con todas las reservas, salvedades y distingos en cuanto a la total personalidad de los dos escritores y las diferentes calidades poéticas de las obras en cuestión, sin que deban ser desdeñadas ni mucho menos las del poema de Lista.

El siglo XVIII, "naturalmente enfático", lleva esta actitud hasta sus últimas consecuencias; y dos conceptos que se juzgan esencialmente anti-téticos, como son "retórica" y "poesía", suelen casi siempre darse juntos

en esta época en difícilísima coyuntura; y aunque la regla general sea lo contrario, no siempre constituye un penoso ejercicio la desintegración de este extrañísimo complejo. Como ocurre en el caso de este bello poema entonado en negros solemnes y sabios grises, iluminados de vez en cuando por algún cárdeno relámpago, y en el que el sentimiento está tan noblemente contenido y los versos calculados tan sabiamente.

No queremos, por último, dejar de invocar, en apoyo de nuestras afirmaciones, la particular visión que el siglo dieciocho progresista y el liberal siglo diecinueve, tienen del pensamiento del gran satírico.

Quevedo, que cuando quiere hablar de los españoles con el máximo elogio los llama "*godos*", que tiene un concepto arcaizante de la política; que ante el giro que toman las cosas propugna siempre como solución la vuelta a los procedimientos del tiempo del Emperador y del rey Felipe; que para cortar los avances del gongorismo y como antídoto a sus excesos edita a *Francisco de la Torre* y a *Fray Luis de León*, por obra de una de la mil contradicciones que forman el entramado de su trágica vida—prueba también de su enorme irradiación vital—es el creador del más barroco y fantástico de los estilos; el primero de los modernos; de los prerrománticos contempladores de ruinas; de los pesimistas y descontentos; el gran abuelo de Cadalso y de Larra y en cierto modo de la generación del noventa y ocho.

No es, pues, extraño, que en el mundo de las preocupaciones de Lista—altruismo, libertad, filantropía—hállase un profundísimo eco este Poema de la Redención Humana—y lo escribo de esta manera y con mayúscula, porque así se lo imaginaría él—, en cuyo tono creyó encontrar el gran poeta sevillano grandes analogías con el suyo, forzando en cierto modo el pensamiento de Quevedo y acomodándolo al de la época en que vivía; cosa por lo demás bastante frecuente, ya que es destino común a las grandes obras el no ser nunca alcanzadas en su totalidad y dar sólo a cada generación la faceta que mejor refleja sus más inmediatas preocupaciones.

HIGINIO CAPOTE.

Arcos, agosto 1946.